



Vaticano, 14 de octubre de 2015

A los participantes en el Congreso Nacional
organizado por la Federación de Escuelas Católicas de España

Los saludo con afecto y, a través de ustedes, hago llegar también mi saludo a todos los padres, alumnos, profesores y personal no docente de los distintos centros educativos católicos de España.

Ante todo quiero agradecerles su dedicación y compromiso en la exigente y, al mismo tiempo, apasionante tarea de la educación. Soy consciente de las muchas dificultades y obstáculos que tienen que afrontar en este momento particularmente complejo de la historia, pero también sé de la ilusión y generosidad con la que se entregan a este cometido.

Los niños y los jóvenes tienen derecho, ciertamente, a recibir una educación de calidad, impartida con competencia y profesionalidad; pero sobre todo necesitan una *educación de calidad humana, moral y espiritual*, y para ello es imprescindible el testimonio y la coherencia de los profesores. Este debe ser un aspecto fundamental y distintivo de la escuela católica.

Educar es *servir*, y servir significa *acompañar* al niño y al joven en su camino de crecimiento y desarrollo. Ayudarlo a que se enriquezca como persona y crezca en él el sentido de lo verdadero, el sentido del bien y el sentido de lo bello, para que pueda abrirse a la realidad, no con una actitud posesiva ni con prejuicios ideológicos, sino con una mirada de asombro y respeto ante el misterio de la vida.

Deseo resaltar el papel de los padres, y el de toda la familia, en la escuela. Educar es también un acto de amor; se encuentra en la misma lógica de la entrega y del don de sí que caracteriza el amor conyugal de los esposos. Son ellos los que tienen el derecho y el deber de educar a sus hijos. Si la escuela prescinde o, peor aún, excluye a los padres –sus creencias, sus valores, su patrimonio espiritual y moral– estaría realizando una grave amputación en la educación de los niños, privándolos de una dimensión esencial para sus vidas.

Educar supone también abrirse a una amplia dimensión social: compartir con los pobres y necesitados el pan de la cultura es una obligación, una obra de misericordia espiritual y un medio esencial de promoción humana. No privemos a los menos favorecidos de este alimento tan necesario; luchemos contra la cultura del descarte y la marginación ya desde los primeros años de la educación. Queridos amigos, los aliento a continuar esa larga historia de amor, de servicio y de promoción que la escuela católica española siempre ha protagonizado en favor de los niños más pobres y desfavorecidos. Que la escuela, así como las familias, sean cada vez más taller de esperanza para todo el mundo. Que Jesús los bendiga y la Virgen los proteja. Y, por favor, no dejen de rezar por mí.

Fraternalmente,

Francisco